



LA
BELLEZA
DEL
MUNDO

CORY ANDERSON

GRANTRAVESÍA

**LA
BELLEZA
DEL
MUNDO**

GRANTRAVESÍA

The background of the entire cover is a repeating pattern of stylized, light gray trees. Each tree has a thick trunk and a dense canopy of thin, branching lines, resembling a forest or a coral reef structure. The trees are arranged in vertical columns, creating a sense of depth and texture.

CORY ANDERSON

**LA
BELLEZA
DEL
MUNDO**

Traducción de
Marcelo Andrés Manuel Bellon

GRANTRAVESÍA

LA BELLEZA DEL MUNDO

Título original: *What Beauty There Is*

© 2021, Cory Anderson

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Ilustración y diseño de portada: © 2021, Sara Wood

Dirección de arte: Elizabeth H. Clark

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN:978-84-122940-7-1

Depósito legal: B 8718-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005445010521

*A Brady y Kate,
por mostrarme qué guardar en mi corazón*



Mi vida se ha desteñido en fragmentos flotantes en blanco y negro, pero recuerdo los minutos con Jack en colores, en una vívida bruma de rojo, amarillo y azul. Cosas sensoriales. El sonido de su voz. Su olor, como un bosque en invierno. Lo veo acostado a mi lado con la luz de la luna reflejada en su rostro. Su mano sostiene la mía, y siento la calidez en todo mi ser, a pesar del frío. Siento su aliento en mi piel.

No olvido esas cosas.

Le dije a Jack que se mantuviera lejos. Él te hará daño, dije. Te arrebatará aquello que más importa. Lo hará con una sonrisa, y luego se fumará un cigarrillo.

Jack no escuchó.

Pero me estoy adelantando. Llego al final cuando, para entender la verdad, hay que comenzar por el principio.

Quando Jack abrió la puerta, mamá no estaba sentada en la mecedora junto a la chimenea. Su colcha arcoíris formaba un bulto estéril en la mecedora, salvo por una esquina hecha jirones que se escabullía, furtiva, hacia la desgastada alfombra. Tampoco estaba en la cocina, mirando fijamente por la ventana sobre el fregadero con sus ojos vidriosos, toda piel

y huesos en su raído camión rosa. El frío se aferraba a las endeble paredes de la casa y se agazapaba en los oscuros rincones adonde el sol jamás llegaba. Ella había dejado que el fuego se apagara. Nunca lo permitía. Ni siquiera en medio de sus aturdimientos.

En la mente de Jack, una abrazadera de acero se tensó.

Sacudió la nieve de sus botas, se quitó la mochila de los hombros y la enganchó en el respaldo de la silla de la cocina. Se quitó los auriculares para ver si conseguía escucharla arriba. Nada. Ella casi nunca dejaba esa mecedora en estos días, salvo para ir al baño. Hubo un tiempo en que lo recibía en la puerta cuando él llegaba de la escuela, pero eso había sido en otra época.

—¿Mamá?

Se quedó allí esperando respuesta, pero no llegó. El viento soplabá en las ventanas y traqueteaba al bajar por el conducto de la chimenea. Necesitaba encenderla. Si no tenían fuego, lo pasarían mal. Matty llegaría pronto de la escuela. La señora Browning dejaba que los estudiantes de segundo se quedaran más tiempo y jugaran al baloncesto en el gimnasio, pero sólo un rato. Él tenía que preparar la cena para Matty. Se acercaba la noche.

Aun así, se quedó allí e intentó escuchar alguna señal de mamá.

La nieve se derritió bajo sus botas y formó charcos en el linóleo. Se quitó las botas y los calcetines y los alineó junto a la chimenea fría, por pura costumbre. Cuando volvió a mirar hacia la mecedora, vio el frasco de pastillas en la mesa. No estaba tapado y la mayor parte de las pequeñas píldoras redondas había desaparecido de su interior. Al principio, un médico del pueblo dijo que las pastillas la ayudarían a descan-

sar del dolor después del accidente, pero todo eso había sucedido mucho tiempo atrás y desde entonces ella se las había tomado sin control alguno. Ahora dormía en la mecedora día y noche. No lo recibía en la puerta, no comía, no se aseaba, no decía cosas que tuvieran sentido.

El viento, u otra cosa, susurró en el piso de arriba. Jack caminó hasta las escaleras y se quedó mirando. La luz se atenúa a medio camino y se reducía hasta alcanzar la oscuridad en la parte superior.

—¿Mamá?

Debía estar arriba, en el baño. Quizás estaba enferma otra vez por haber tomado demasiadas pastillas. Subió los crujientes escalones alfombrados, encendió la luz del pasillo y esperó. Ningún sonido. Una ráfaga de aire a lo largo del techo.

Cruzó hacia el baño.

Imaginó que la encontraría encorvada junto al retrete, vomitando, con los ojos hundidos en bolsas de amoratadas sombras, o de pie frente al espejo, tan delgada como si estuviera a punto de morir de hambre, como una arrugada muñeca de papel. Pero no estaba allí.

Un baño vacío. Porcelana rosada.

Azulejos en forma de octógonos, de un sórdido blanco.

Pensó en ella tendida en camisón en algún lugar allá fuera, con su vida escapando poco a poco en la nieve helada. *Basta*, se dijo. *Ella está bien. Alguien ha venido a buscarla y tal vez la haya llevado a la tienda. Eso es todo.*

Pero era mentira. Por supuesto.

Salió del baño y miró fijamente la puerta cerrada al final del pasillo. La puerta se hizo más grande mientras la observaba. Sólo quedaba una habitación en la casa y ella no estaría allí. No, nunca entraba en ese dormitorio. No desde que ellos

habían llegado en medio de la noche, cuando habían sacado a papá de su cama mientras los dos se encontraban ahí y se lo habían llevado.

No, esa habitación era una tumba. Y ella no quería entrar.

Puso la mano en el pomo de la puerta y lo giró.

Ahí estaba, colgando del ventilador del techo. Un cinturón se enrollaba alrededor de la varilla del ventilador y se ceñía alrededor de su cuello. Una de sus frágiles manos se movió.

Jack se abalanzó sobre ella y la levantó por las piernas, pero estaba completamente flácida. Debajo había una silla de madera volcada. Él la soltó y enderezó la silla. Se subió en ella y levantó a mamá, pero su cabeza se inclinó hacia delante. Sus ojos no parpadearon. *Dios mío*. Jack tiró del cinturón y el ventilador se sacudió. El yeso empolvó su rostro. *Por favor*, pensó.

Dios mío, por favor.

Se bajó tambaleante y buscó rápidamente en la cómoda hasta encontrar el cuchillo de caza de papá, desdobló la hoja, se subió a la silla y cortó el cuero. Cortar la correa, encontrar uno de los agujeros del cinturón, seguir cortando. *Maldita sea*. *Oh, maldita sea, maldita sea*. Cuando el cuero se rompió, él la sostuvo por la cintura, pero ella se inclinó a un lado, lejos de sus brazos, y cayó al suelo. La silla se volcó y él también salió despedido. Dejó caer el cuchillo.

Se arrastró hacia ella y le dio la vuelta. Ella yacía allí, bajo la estremecedora luz desvaída, con el rostro inexpresivo y pequeñas manchas de sangre en los ojos abiertos. Su cabello se esparcía alrededor. Un bulto de huesos en la gruesa alfombra verde. Una pantufla en su pie y baba seca en su barbilla.

Cuánto silencio.

Jack se puso en pie y golpeó la pared con el puño. No

hubo ninguna fuerza en el primer golpe, pero en el segundo raspó los nudillos contra el panel de yeso para que sangraran. El ruido lo sacudió, sonidos entrecortados de dolor y respiración agitada.

Se sentó junto a ella en el suelo.

Tocó su mano y la sostuvo.

Simplemente se quedó sentado junto a ella.

Cuando la ventana se oscureció y el frío bajó reptando por las paredes, Jack se enderezó y la levantó. No podía pesar más de cincuenta kilos, pero era un peso muerto. La llevó a la cama y la acostó allí. Luego tan sólo se quedó de pie a su lado, mirándola. Las sombras violetas acumuladas sobre su piel. Su cabello amarillo. Le cerró los ojos y colocó el camisón alrededor de sus piernas. Cruzó sus brazos. Encontró su otra pantufla en la alfombra, se la puso y se sentó a su lado en la cama.

Estuvo sentado ahí durante mucho tiempo.

Cerró la puerta del dormitorio, se lavó la cara, bajó las escaleras y encendió la chimenea. El frío seguía llegando, y ahora también la noche. Tiró el frasco de pastillas a la basura, abrió el aparador que había junto al fregadero y sacó el Tupperware amarillo. Quitó la tapa y contó el dinero que había dentro. Quince dólares con treinta y seis centavos. Volvió a contarlo.

Sí. No se había equivocado la primera vez.

Frotó sus ojos con la palma de la mano y abrió la puerta de la despensa. Un saco medio lleno de patatas. Un par de latas: alubias y melocotones en almíbar. Un bote de azúcar casi vacío. Las patatas eran de las buenas, las rojizas de la señora Browning. Escogió tres, las lavó y las cortó. En una sartén, derritió un poco de mantequilla y dejó caer los trozos de patata. Su corazón punzaba con dolor en el pecho, pero lo ignoró.

La puerta de la entrada se abrió con un chirrido y Matty entró estrepitosamente, pisoteando nieve, con las mejillas brillantes, un gorro de lana húmedo que casi cubría sus ojos y el abrigo abrochado para arroparlo hasta la barbilla. Ese abrigo había sido alguna vez de Jack y, antes, de otra persona. Una rasgadura en el frente dejaba expuesto el relleno, pero por dentro era de franela, cálido. Matty cerró la puerta de golpe, se quitó el abrigo y el gorro, y sonrió.

—Jack, nunca lo adivinarás. Dije bien todas las tablas de multiplicar. Todas, hasta la tabla del doce. No fallé en ninguna.

Las patatas chisporrotearon y Jack les dio la vuelta para dorarlas por ambos lados. Sal y pimienta. Por un segundo, las cosas parecían normales. Salvo por sus ojos, ese ardiente agujijón en los bordes. En su cabeza, un latido empezó a golpear.

—Buen trabajo, enano. Ahora cuelga tu abrigo y lávate.

—¿Crees que podemos comer melocotones esta noche?
Jack asintió.

—Para celebrar tu triunfo con las tablas de multiplicar.

Matty colgó su abrigo y su mochila en el gancho de la pared junto a la chimenea, y colocó sus botas con cuidado junto a las de Jack, alineando los tacones. Miró la mecedora y se detuvo allí un momento. Pensativo. Con un gesto de concentración en el rostro. Luego se volvió y se dirigió hacia las escaleras, Jack escuchó que se abría el grifo del baño. Percibió un sabor fuerte en su boca. Como si fuera pólvora.

La puerta está cerrada.

La puerta está cerrada.

Después de un minuto, Matty volvió a bajar. Observó a Jack cocinar. Luego arrastró una silla de la cocina hasta el aparador del fregadero y sacó los platos.

Juntos lo colocaron todo y se sentaron a la mesa de for-
mica. Patatas fritas, melocotones y tazas de café instantáneo
caliente. Jack sabía lo que se avecinaba y se había preparado.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Matty.

—Se ha ido de viaje.

—He mirado en el baño y no está allí.

—Ya te lo he dicho. Se ha ido de viaje.

—Bueno, ¿con quién?

—Un amigo. Alguien que no conoces.

—¿Quién?

—Cómete las patatas —dijo Jack.

Matty no comió. Miró la mecedora. Miró a Jack.

—No se ha llevado su colcha arcoíris.

Jack lanzó un vistazo a la colcha. Filas de hilos tejidos con
ganchillo. Los bordes se habían aflojado y se desvanecían en
naranja donde habían sido rojos. Un regalo de la abuela Jensen
cuando mamá tenía sólo ocho años. Era estúpido haber olvi-
dado esa colcha.

—No. Supongo que no.

—No creo que ella se haya ido a ninguna parte sin su manta.

—Quizá la haya olvidado.

—¿Crees que esté bien en la nieve?

—Sí. Creo que sí.

—¿Cuándo regresará?

Jack bebió un sorbo de café y se quemó la boca. Comió
sus patatas.

Matty lo miró.

—¿Todo va bien?

—Claro, todo va bien.

Jack comió. Masticar y tragar. Sorbo de café. *Harás esto por
él, no permitirás que se entere, no lo permitirás.*

Matty se quedó mirándolo, luego cogió su tenedor y comenzó a comer.

Bien.

Jack calentó agua en la chimenea, tapó el fregadero, vació el agua caliente, lo lavó todo y lo dejó secar en la encimera. Después de que Matty terminara sus melocotones, Jack le pidió que sacara su tarea. Deletrear.

—*Escuela* —dijo Jack.

La concentración volvió al rostro de Matty.

—E-S-C-U-E-L-A.

—Bien. Ahora: *lápiz*.

—L-Á-P-I-Z.

Al otro lado de la ventana de la cocina, el viento arrojó ráfagas de nieve contra el vidrio, las agitó en círculos y las lanzó a la tierra. Afuera hacía un frío glacial. Jack se tapó los ojos con las manos. La oscuridad hundía el techo y las paredes de la frágil casa, y ella yacía arriba, en la cama.



¿Qué recuerdo?

Mi padre es un ladrón y un asesino. Robó una casa de empuños con Leland Dahl cuando yo tenía diez años, pero nadie lo atrapó. No hubo evidencia. No hubo juicio. Ahí empezó todo. Una larga cicatriz cruzaba su frente y su mejilla de aquella vez que mi madre lo atacó con un cuchillo. Ella pagó por eso. Él no sólo es un asesino, es algo peor.

Los ojos de mi padre son garfios. Cavan hondo. Atrapan el alma.

Algunas personas tienen hielo en los ojos. Sé que yo lo tengo. Eso es lo que mi padre me hizo. Una cobertura de escarcha para un interior negro. Incluso ahora, cuando pienso en él, me quedo helada. Como si acabara de entrar en un congelador.

Pero Jack —el dulce, enfurecido y callado Jack— me hace arder. Me rompe en pedazos.

Estuvimos juntos sólo nueve días.

Sacaron el sofá cama y extendieron unas mantas ásperas y una colcha sobre el colchón hundido. Jack avivó el fuego, cerró las puertas y se aseguró de que tuvieran suficiente leña para pasar la noche, mientras Matty se quitaba la ropa y se ponía el pijama frente a la chimenea. Un pijama de Batman

con la capa hecha jirones. Verlo hizo que el pecho de Jack se contrajera. Sus costillas que sobresalían y sus rodillas, como las de un pobre huérfano. Y eso era. Jack recogió la ropa, la dobló y la puso sobre la cama.

Sólo respira, Jack.

Inhala y exhala. Otra vez.

Matty se escurrió entre las mantas. Seguía mirando la mecedora. Jack apagó la lámpara y plegó los bordes de la manta alrededor del cuerpo de su hermano para ayudarlo a mantener el calor. La luz de la luna entraba por la ventana. Se sentó en el colchón.

—¿Podemos ver la televisión?

—No. Ya ha pasado tu hora de dormir.

—¡Qué frío hace!

—Sí.

El fuego crepitaba. Se quedó allí sentado, respirando. Inhalar, exhalar.

—¿Jack?

—¿Qué?

—¿Crees que papá volverá a casa pronto? ¿Como dijo mamá?

—No lo sé.

Matty guardó silencio. Luego volvió a preguntar:

—¿Te acuerdas de la señora de los Servicios?

Jack la recordaba. La señora de los Servicios de Protección de Menores. Se metió bajo las mantas y miró a Matty. Su rostro estaba surcado por la tenue luz azulada de la luna y la nieve. Sus mejillas se veían pálidas. Su cabello todavía estaba enmarañado y esponjado en algunas partes por el gorro de lana. Necesitaba un corte. Jack lo atrajo hacia sí.

—La recuerdo.

—¿Crees que volverá?

—No lo sé. Podría ser.

—¿Crees que traerá a ese policía que nos dijo?

—Si ella o ese policía vienen y yo no estoy, no abras la puerta. Deja la puerta cerrada con llave y no respondas.

—De acuerdo.

—Yo me encargaré de eso.

Podía sentir los latidos del corazón de Matty.

—Si se enteran de que mamá está de viaje, ¿crees que me llevarán a algún lado?

—No permitiré que eso suceda.

—De acuerdo.

—No permitiré que eso suceda —dijo Jack otra vez.

—De acuerdo.

Matty no se durmió durante un largo rato. Estaba inquieto. Se acurrucó contra Jack y luego se dio media vuelta y se cubrió con la manta de espaldas a la mecedora. Después de un rato, sus ojos se cerraron. Jack pensó que ya estaba dormido, pero entonces abrió los ojos y miró a Jack en la penumbra. No habló, sólo lo miró. Jack fingió dormir. *No lo echarás a perder, no lo harás. Harás lo que sea necesario. Como siempre lo has hecho.*

Después de un rato, la respiración de Matty se volvió regular.

Jack se quedó allí, sin dormir.

Pasaron las horas.

Cuando se levantó, puso una almohada sobre la oreja de Matty y esperó que fuera suficiente. La casa estaba casi a oscuras. Sólo se veían la siluetas de los muebles. La mesa de la

cocina. La mecedora y la chimenea. Se puso el abrigo y las botas. Matty no se movió.

Recogió la colcha arcoíris, subió al dormitorio y abrió la puerta. Ella yacía en la cama con los brazos cruzados y las sombras de la luna jugando sobre su cuerpo. Casi iridiscente a la luz plomiza. Como una demacrada Bella Durmiente esperando a su príncipe. *Bueno, él no vendrá. Y nunca fue un príncipe.*

Extendió la manta sobre ella, juntó las esquinas inferiores y las anudó bajo sus pies. Su piel estaba fría. Su cabello en mechones amarillos caía sobre la almohada. Él miró su rostro una última vez, luego anudó las esquinas superiores de la colcha detrás de su cabeza, la giró y tiró de los bordes para apretarlos. El blanco esculpido de su rostro quedó oculto por el estambre, en un montículo de colores atravesado sobre la cama. Trató de tragar saliva, pero no pudo.

¿Cómo puedes hacer esto?

Eres un monstruo.

La levantó en sus brazos. Estaba rígida y él sabía que no podría bajarla por la escalera. A mitad del pasillo se detuvo con ella en brazos y se apoyó contra la pared para recuperar el aliento. Cuando llegó a la parte superior de la escalera, se puso en cucullas, la dejó en el suelo y se movió hacia su cabeza. La sostuvo por los hombros a través del estambre y la levantó un poco para que se doblara ligeramente por la cintura. Con el peso de ella sobre sus rodillas, la arrastró hacia abajo, un escalón después de otro. Bajó dando lentos golpes sobre la alfombra. *Bájala despacio. Con suavidad. Que Matty no escuche nada. Todo el recorrido, hasta que llegues abajo.*

Miró el sofá cama. Flotaba como una barcaza en la oscuridad. La forma de Matty yacía envuelta en las mantas, con la almohada todavía sobre la oreja.

Silencio.

Se agachó y la levantó. No podría sostenerla mucho tiempo.

Callado. Quédate callado. Muévete rápido.

Se tambaleó hasta llegar a la puerta principal, la abrió y salió a trompicones. Cada ruido sonaba con fuerza, como el crujido de un hacha. Pensó que despertaría a Matty, pero no fue así. Cuando cerró la puerta, sus piernas cedieron y la dejó caer. Golpeó con fuerza y luego se deslizó desde el porche hacia la nieve.

Jack se sentó a su lado.

Nunca volverás a ver su rostro. Nunca la volverás a ver. Nunca.

Se levantó y miró a su alrededor. Era una noche sin estrellas. Helada y profunda. Un único copo cayó flotando. En este gélido páramo azul, con el rastrojo de campos desolados por todos lados y nadie en kilómetros a la redonda.

Fue al cobertizo, cogió la carretilla y la empujó sobre la llanta a través de la nieve hasta llegar a ella. La colocó dentro. Ligeros copos de nieve como encaje espolvorearon la colcha arcoíris. Jack se quedó allí de pie; su aliento subía en una tenue columna. Frío y silencio. Diez latidos, veinte.

La luna lo miraba fijamente.

Condujo la carretilla alrededor del Chevrolet Caprice hasta un agradable recoveco detrás del granero, donde el tejado colgaba y los pinos viejos y altos exhibían capas de fresca blancura, y encontró un espacio en la tierra que no estaba tan congelado. Un lugar tranquilo. Cogió una pala del cobertizo y empezó el trabajo. Había olvidado ponerse los guantes antes de salir, pero no regresó por ellos. Paleó a través de capas de nieve hasta tocar la tierra compacta e intentó cavar. Sacó el pico del cobertizo. Removió la tierra y siguió cavando. Profundo, para que los perros callejeros no la encontraran. Para

que ella no quedara a la vista en la primavera. Cavó y no pensó. Apagó su mente como si se tratara de un interruptor de luz.

El frío quemaba su piel.

Sentía sus manos resbaladizas sobre la pala.

Levantarse, clavar. Cavar.

Una vez que terminó de cubrirla, se sentó a su lado, en la tierra abultada. En la nieve removida y ennegrecida. Hacía mucho frío, pero se quedó allí sentado. Nada salvo la luna vigilaba sus espaldas. Un amanecer gris comenzaba a asomarse sobre la tierra. Se secó los ojos, se levantó y caminó hacia la casa.

En la sala, Matty seguía dormido con la almohada sobre la oreja. Jack se quitó el abrigo y las botas, retiró las cenizas de la chimenea y puso un leño sobre las brasas para alimentar el fuego. La tenue luz cayó sobre las paredes, breve y temblorosa. Las palmas de sus manos estaban palpitantes. Puso la rejilla de la chimenea y se quedó en ropa interior, temblando. Luego se metió debajo de las mantas y se acercó a Matty. Su pequeño cuerpo. En la oscuridad, Jack escuchaba cada respiración superficial.

¿Qué haré ahora?, pensó. ¿Qué haré?



*L*a vida puede ser brutal.
Jack lo sabía.

Yo también.

Algunas veces me pregunto por qué suceden las cosas de esta forma. Si existe alguna lógica o razón. La gente dice que el batir de las alas de una mariposa en Brasil puede provocar un tornado en Texas. Una pequeña mariposa desata una tormenta al otro lado del mundo. Pienso en ello. ¿Sentí el batir de las alas cuando Jack y yo nos conocimos? ¿Sentí el tornado que se avecinaba?

Al mirar atrás, creo que sí. Sí, lo sentí.

Jack caminó frente a mis ojos y todo cambió.

Escucho las puertas de los casilleros abrirse y cerrarse. El metal sueña. Las voces gritan y ríen en el pasillo. Colores brillantes relampaguean en camisetas y pantalones vaqueros. Es mi primer día en un nuevo instituto. Estoy a punto de abrir mi casillero. Acabo de terminar la clase de cálculo y estoy pensando en los límites del infinito.

Estoy distraída.

Luke Stoddard se acerca y comienza a hablarme, y yo ni siquiera lo veo venir. Descubro su nombre más tarde. Luke lleva una sudadera de fútbol. Tiene los dientes perfectamente alineados. Es grande,

y dice algo acerca de mostrarme los alrededores. Se aproxima a mí, demasiado, así que retrocedo contra mi casillero. El metal presiona mis omóplatos. Mi codo. Mi nuca. Da un paso más cerca. Me va a tocar. Sé que lo hará.

Dejo caer mis libros. Los papeles sueltos flotan y se dispersan. Decoran el pasillo, cuadrados de confeti blanco en un desfile de papel picado.

Entonces veo a Jack.

Déjala en paz.

Le dice Jack a Luke.

Aléjate de mí.

Le digo a Jack, unos minutos después.

No lo digo en serio.

A veces reproduzco ese recuerdo en mi cabeza. El momento en que vi a Jack por primera vez.

El dulce y enfurecido Jack. El callado Jack.

Mirando atrás, creo que la mariposa batió sus alas en ese momento.

Los vientos comenzaron a arremolinarse.

Todo cambió.

Jack despertó.

Matty estaba acostado, envuelto en las mantas, mirándolo. Callado. En su sueño, Jack había estado corriendo por un campo cubierto de nieve con la luna mirando hacia abajo. El olor a tierra fría impregnaba su nariz. Necesitaba encontrar algo que se había perdido. Al despertar, todo se derrumbó en la luz gris del día, los colores se desvanecieron con presteza.

Le revolvió el pelo a Matty.

—Hola.

—Hola.

—Todo va bien.

Matty asintió. Sus ojos brillaban en la luz cenicienta. Algo indescriptible y apremiante.

Jack podía sentir la pala en sus manos. Se levantó y encendió el fuego mientras Matty se vestía. Sentía el aire quebradizo como un hueso. La sombría luz del día entraba en líneas oblicuas a través de la ventana y se arrastraba sobre el colchón. Matty miró la mecedora vacía y no dijo una palabra acerca de la colcha arcoíris que ya no estaba.

La nieve caía en gruesos y duros copos, y se apilaba en el alféizar de la ventana. Jack espolvoreó canela sobre la avena, la sirvió en tazones y los llevó a la mesa de la cocina. Matty estaba sentado sosteniendo un papel azul en sus manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Jack.

—Nada.

—A mí me parece algo.

Matty no lo miraba.

—Tenemos una excursión hoy.

—Suena divertido. ¿Adónde?

—No quiero ir.

Jack lo observó con atención. Llevaba una de esas viejas camisas de lana que antes habían sido suyas. Le faltaban dos botones. Tela a cuadros, desgastada. Se había peinado el pelo con agua, pero no había logrado aplacarlo.

—¿Por qué?

—Este papel dice que puedes quedarte en la escuela si no quieres ir.

—¿Por qué no quieres ir?

—Porque no.

—¿Por qué?

Matty se sentó allí sosteniendo el papel. Parecía estar a punto de llorar. Jack cogió el papel y lo leyó. La excursión era al Museo de Idaho para ver dinosaurios y costaba dos dólares. La gasolina para el autobús. Una prensa se cerró alrededor del pecho de Jack.

—¿Es por los dos dólares?

—No me importa si no voy. Eso es todo.

Jack fue hacia el armario y cogió el bote amarillo. Quitó la tapa, contó dos dólares y se los dio a Matty:

—Mírame. No vamos a morir si te doy dos dólares.

Matty lo miró. Sus ojos lo atenazaron.

—¿Me crees?

—Sí.

—Estamos bien.

Matty miró las manos de Jack y apartó la mirada. *No hay ninguna descripción de estúpido en la que no encajes*, pensó Jack.

—Estamos bien —dijo otra vez.

—De acuerdo.

Comieron su avena uno al lado del otro. Jack firmó la hoja de permiso y la guardó en la mochila de Matty. Calentó el abrigo de Matty junto al fuego y lo extendió para que él metiera sus brazos. Subió la cremallera. Observó a Matty esperar el autobús, lo vio subir y observó después cómo el autobús traqueteaba por la carretera. Cuando desapareció sobre la colina, seguía mirando. Sólo podía pensar en que le había mentido a Matty. No estaban bien. Tenían trece dólares y treinta y seis centavos. Tenían un aviso de embargo en el cajón de la cocina, un calentador de agua roto, una despensa vacía y un padre en prisión. Y a mamá bajo la nieve, en el patio trasero.

Se sentó a la mesa de la cocina y escuchó el tic tac del reloj sobre el horno.

—Necesitas un plan —dijo en voz alta—. Necesitas un plan.

Todo dependía del dinero. Si tuviera dinero, podría comprar comida. Leche. Pan. Pagar las facturas. Un trabajo significaba dinero, así que debía conseguir un trabajo. ¿Dónde? En algún lugar del pueblo. Tendría que hacer que sucediera. Encontraría la manera. Pero había que pensar en el instituto. Lo echarían de menos si no iba a la escuela y nadie podía echarlo de menos. Ser echado de menos significaba Servicios de Protección de Menores. No. No era opción. *Se llevarán a Matty. Se llevarán a Matty.*

Entonces.

Instituto.

Luego, trabajo.

¿Y qué harás con Matty mientras estés en el trabajo?

No había respuesta.

Tic tac, marcó el reloj. Contando los segundos hasta algún momento cero invisible. Cada tic más fuerte que el anterior. El tiempo se mueve en el estrecho espacio intermedio. Pulsa lentamente. Como la sangre de una herida.

Le dolían las manos, así que subió al baño y se vendó las ampollas. Se peinó y se cepilló los dientes. Se echó la mochila al hombro. Luego se subió al Caprice y condujo hasta la escuela.

Un maestro suplente habló sobre historia. Todos los presidentes a lo largo de los años y quién había sido el mejor o el peor. Jack miraba por la ventana. Seguían llegando las imágenes a su cabeza. No las miraba de frente, sólo vislumbraba los fragmentos afilados y fracturados que se reflejaban en la parte

posterior de sus párpados. Imágenes incompletas. Como pedazos de un espejo caído.

Su pantufla en la alfombra.

El cuchillo en su mano. Cortando la piel del cinturón.

Sus ojos ardieron y los cerró. Cruzó los brazos sobre el escritorio, empujó las imágenes a algún lugar secreto y apoyó la frente sobre sus brazos.

Primero ve al supermercado y luego a la cafetería. Después, a las gasolineras. Las dos. ¿Qué vas a decir? Soy un gran trabajador, señor. No tengo experiencia, pero trabajo duro. Haré lo que necesite. Lo haré bien, lo juro, lo que sea que usted quiera: reponer las estanterías o fregar los suelos o limpiar inodoros. Trabajaré duro...

El timbre sonó.

Levantó la cabeza y tragó saliva. Sintió el dolor en su garganta. Demonios. *No puedes enfermarte. ¿Qué pasará si te enfermas? Tú sabes qué pasará.*

En el pasillo, abrió su casillero y metió su libro de historia. Otros estudiantes pasaban a su lado. Hablaban, reían. Algunos iban en grupos, otros caminaban solos. Era la hora del almuerzo. Si saliera al aparcamiento, podría dormir unos veinte minutos en el Caprice. Dio media vuelta y se dirigió a las puertas. *Sólo necesitas descansar un poco. Una pequeña siesta. Eso es todo.*

—... la cosa más bonita que he visto en mi vida.

Luke Stoddard estaba junto a los casilleros de espaldas a Jack. Un estudiante de último curso. El capitán del equipo de fútbol americano. Le decía palabras dulces a una chica. Llevaba vaqueros ajustados y una gorra de béisbol con la visera sobre sus ojos. Tenía reputación por sus anotaciones dentro y fuera del campo.

—Podría llevarte a algún sitio —decía Luke—. Mostrarte los alrededores.

Jack siguió caminando, pero cuando vio a la chica se detuvo. Ella estaba allí de pie, sosteniendo sus libros contra su pecho, sin ninguna expresión en el rostro. Sobre todo, fueron sus ojos los que hicieron que se detuviera. Era como asomarse en aguas profundas. A la vez brillantes y oscuros. Muy abajo, en esas profundidades, algo destelló y desapareció como si se lo hubieran tragado. Jack conocía ese destello.

Luke se acercó a ella.

—Eres un poco tímida, ¿verdad?

Jack se quedó a un lado, mirando. La chica dejó caer sus libros. Los papeles flotaron y se esparcieron, y Luke rio. La chica no se movió. Tenía las manos apretadas a los costados.

Luke extendió la mano para tocar su mejilla. Estaba ligeramente inclinado sobre ella cuando la chica levantó el brazo y lo golpeó con una rapidez instintiva y, con el mismo movimiento, dejó caer su mano. Jack lo sintió más que verlo. El lápiz sobresalía en ángulo del antebrazo de Luke.

Luke retrocedió con brusquedad. Se miró el brazo, tragó aire, sacó el lápiz y lo dejó caer. Una mancha roja se expandió por su manga. Se estaba ahogando con sus propios jadeos.

Ella lo miró fijamente. Inmóvil como una piedra. El lápiz yacía a sus pies. Él la empujó contra el casillero.

—¡Perra!

—Déjala en paz —dijo Jack.

Cuando Luke se volvió, vio a Jack de pie allí, callado.

—¿Qué?

—Déjala en paz.

La respiración de Luke se hizo más lenta. Separó los pies y sonrió.

—Josh Dahl. O Jack. ¿No? ¿Qué quieres?

—Ya te he dicho lo que quiero.

—Así es.

Jack no respondió.

Luke miró a la chica y luego a Jack.

—¿Sabes quién soy? Porque no creo que quieras meterte conmigo.

—Sé quién eres —dijo Jack.

Luke se sonrojó. Algunos chicos se habían detenido y estaban mirando. La chica no dijo nada. No se había movido en absoluto. Podría haber sido muda y habría sido igual.

—¿Cómo está tu padre, Jack? —dijo Luke—. ¿Cómo lo está pasando? ¿Lo ves a menudo?

Jack esperó sin responder.

La confusión cruzó el rostro de Luke. La duda.

—¿Qué quieres?

Jack se sentía muy apartado de sí. Muy lejos. Como si se estuviera observando a sí mismo hablando con Luke en la distancia. Miró las manos de Luke.

—Necesitas buenas manos para jugar al fútbol americano, ¿verdad? Un lanzador debe tener buenas manos para lanzar la pelota.

—¿Qué?

Jack se quedó allí, mirándolo.

La sangre goteó por el brazo de Luke y salpicó el suelo en pequeñas gotas. Se lamió el labio superior.

—¿Eso es una amenaza?

Jack sólo esperó.

Luke miró por el pasillo en ambas direcciones, como si pudiera haber algún amigo. Nadie se movió. Ya se había reunido toda una multitud. Nadie hablaba. Nadie reía.

Silencio. En algún lugar, un casillero rechinó al abrirse.

Luke se encogió un poco de hombros. Su boca se esforzó por encontrar las palabras.

—Da igual, imbécil. No vale la pena que pierda el tiempo contigo —miró a la chica—. Y tampoco con ella.

Observó con atención a Jack un rato más. Luego dio un paso atrás, se volvió, se abrió paso entre los estudiantes y salió huyendo por la puerta.

Un murmullo se elevó entre la multitud. Rostros del pasado. Chicos que alguna vez habían sido sus amigos. Años atrás. Jack pudo escuchar fragmentos de conversación.

—Maldición. ¿Has visto a Luke?

—Ella le ha clavado un lápiz...

—Ése es Jack Dahl. Su padre es el que...

Jack observó a los estudiantes que estaban hablando. Sus voces se apagaron al verlo, hasta que no hubo ningún sonido en ninguna parte. Los miró fijamente. A cada uno de ellos. Sus rostros. ¿Cómo sería? ¿Cómo sería ser así? ¿Tan normal? Los observó hasta que, uno por uno, apartaron la mirada. Él sabía en quién estaban pensando. *Eres como él*, pensó. *Acorralado en una esquina, eres igual que él.*

Sonó el timbre y la multitud cobró vida.

El ruido regresó. Los espectadores se movieron.

Miró a la chica. Tenía la cabeza inclinada y su pelo oscuro ocultaba su rostro. Él se agachó, recogió los papeles sueltos y levantó uno de sus libros. La portada mostraba un globo aerostático con letras descoloridas en la parte superior. *Cálculo, quinta edición*. Se enderezó y le dio los papeles.

—¿Estás bien?

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos: la vio claramente por primera vez. Mejillas sonrosadas y piel desnuda. Ojos de un doloroso color avellana. Su voz salió con aspereza.

—Aléjate de mí.

Él dio un paso atrás.

Ella le arrebató los papeles. Jack vio un tatuaje en el interior de su muñeca. Un corazón. Negro como el ónix. Un pequeño corazón negro.

Ella giró sobre sus talones. Su espalda muy recta; su melena, una revolución de giros y espirales. Caminó por el pasillo hasta el baño de chicas a grandes zancadas y desapareció en su interior.

Jack se quedó allí de pie, estúpidamente, sosteniendo su libro en la mano. El pasillo ahora estaba vacío. Entonces abrió la tapa. Su nombre estaba impreso en letras negras en la parte superior, con su número de teléfono escrito debajo.

AVA.

Se quedó examinando el libro un minuto y se preguntó por qué Ava tendría tanto miedo. Luego abrió su mochila y guardó el libro dentro.



*A*léjate de mí.
Qué frase tan encantadora.

Debería haberle dado las gracias a Jack. Trató de ayudarme. Recogió mi libro. Debería habérselo agradecido. Pero tienes que entenderlo: yo sabía quién era Jack. Lo supe en cuanto Luke dijo su nombre.

Jack Dahl.

¿Cómo está tu padre, Jack? ¿Cómo lo está pasando?

Jack era el hijo de Leland Dahl.

El mismo Leland Dahl, que robó una casa de empeños con mi padre y fue a la cárcel. Leland Dahl, que sabía dónde estaba el dinero.

En el baño, me lavé las manos. Las lavé una vez, las froté. Las lavé de nuevo. Luego entré en un cubículo y cerré la puerta. La respiración se estremecía y temblaba a través de mí. Los pensamientos me golpeaban en una rápida y afilada secuencia.

Jack Dahl es peligroso.

Mantente alejada de él.

Mantente alejada.

Tanto como puedas.

He hablado un poco de mi padre. Su nombre es Victor Bardem. No le digo padre. Yo tenía diez años cuando robó Lucky Pawn. Fue un martes de agosto. Llegó a casa muy tarde por la noche, con un hombre al que nunca había visto. Debería haber estado dormida, pero no teníamos aire acondicionado y hacía calor. Mi camisión se pegaba a mi piel incluso sin tener las sábanas encima. En ese momento vivíamos en un remolque en las afueras de Rigby. Mamá ya se había ido en ese momento.

Esto es lo que sucedió.

Bardem apaga el motor del Land Rover y se baja. Se coloca frente al remolque, lo observa. Una pálida silueta con revestimiento de aluminio. La luna es una rendija en el cielo. El otro hombre sale por el lado del pasajero. Tiene un bigote que cuelga a ambos lados de su boca y un tatuaje en el brazo de un par de manos juntas en señal de oración. Lleva una escopeta con el cañón recortado. Mira a Bardem y espera.

Bardem está ahí, analizando el remolque. Las ventanas oscuras. Nada se mueve en su interior. La lámpara sobre la puerta arroja su resplandor sobre el porche delantero.

—¿Crees que se haya ido con el dinero? —dice el otro hombre.

—Sí, eso creo.

—¿Crees que haya escondido el maletín en alguna parte?

Bardem sonríe con gesto distraído. Camina al porche y se sienta en una silla de jardín de plástico verde. Despreocupadamente. Relajado. Mira al hombre.

Silencio.

El hombre escupe sobre la tierra. Gotas de sudor resbalan por su frente. El aire no se mueve. Cojea hasta el porche y se apoya en la barandilla. Sostiene la escopeta en una mano,

con el cañón apuntando al suelo. Una sombra oscura mancha el muslo izquierdo de sus vaqueros. Asiente con la cabeza hacia el remolque.

—¿Tienes un vendaje allí dentro?

Bardem no parece oírlo. Inclina la cabeza hacia el remolque como si estuviera escuchando algo.

Todo está callado. Un búho ulula.

—¿Quieres ir a buscarlo? —pregunta el hombre—. Podríamos intentar encontrarlo.

Bardem permanece inmóvil.

—¿Sabes dónde lo escondería él?

El hombre sacude la cabeza.

—No. Pero tú lo conoces mejor. Sabes dónde vive.

Se seca el sudor de la frente y cojea con la pierna sana.

—Estoy sangrando mucho. ¿Tienes algunas vendas?

—¿Estás seguro?

—¿Qué?

—He dicho: ¿estás seguro? Que no sabes dónde lo escondería.

—No lo sé.

Bardem posa los ojos en el hombre. La sonrisa se detiene en sus labios.

—Necesito hacer algo con esta pierna —el hombre se acerca al porche y vuelve a mirar el remolque—. ¿Tienes antibióticos?

—¿De qué me sirves?

El hombre lleva rápidamente su mirada a Bardem.

—¿Qué?

Bardem se inclina hacia atrás en su silla y estudia al hombre. La sonrisa se ha ido ahora, pero la voz permanece tranquila.

—He dicho: ¿de qué me sirves? No sabes dónde está el maletín.

Los dedos del hombre se tensan sobre la escopeta, pero Bardem ya tiene una pistola en la mano, que ha sacado del cinturón y apunta directo a la cabeza del hombre.

—Suéltala —dice Bardem.

El hombre no se mueve. Bardem observa el pánico que arde en sus ojos. Ya ha visto este pánico antes.

—Creo que comprendes —dice Bardem— tus posibilidades en esta situación.

El hombre deja caer la escopeta. Cae ruidosamente del porche y levanta una nube de tierra seca.

—No hay necesidad de que llegemos a esto.

—Pero aquí estamos.

—Podría irme...

—¿Alguna vez te has cansado de escuchar tu propia voz?

La boca del hombre se estremece.

Bardem se reclina en la silla, sosteniendo la pistola.

—¿Sabes cuántas personas están enteradas de lo que ha ocurrido esta noche? Te lo diré. Tres. Tú, Dahl y yo. Demasiados. No me gusta.

—He dicho que me iré.

Bardem mira el remolque. Baja la pistola.

—Te diré una cosa —dice—. Resolveremos esto como hombres. Vamos a dar un paseo.

Entran en el Land Rover y se alejan en el polvo en medio de la noche oscura.

Media hora después, Bardem regresa solo.

Se sienta en la silla de jardín. Saca un cigarro y un encendedor del bolsillo de su camisa, enciende un Marlboro y fuma. El extremo encendido forma un tenue círculo rojo en la oscuridad. Hay sangre en sus botas de piel de avestruz.

Deja caer la colilla del cigarro y la aplasta. Silba suavemente.

Con una manguera, lava la furgoneta. El tapete de plástico que está sobre la alfombra. Vuelve y echa tierra sobre la sangre del suelo con el costado de la bota. Los grillos chirrían a lo lejos. Sube los escalones del porche hasta el remolque.

No enciende la luz. En la cocina, se lava las manos y las seca con una toalla limpia. Quita la sangre de sus botas. El refrigerador zumba. El remolque huele a hierbas. Hay albahaca junto al fregadero. Se mira en el reflejo de la ventana. Su aspecto es pulcro. Sereno. Escucha de nuevo.

Camina hacia la puerta del dormitorio de Ava. Se detiene, pega la oreja a la puerta y luego agarra el pomo y lo gira.

Ava está en la cama. Acurrucada bajo las sábanas. Con los ojos cerrados.

Ha estado mirando por la ventana.

Yace muy quieta. El aliento entra y sale de su cuerpo. Casi silencioso. Su rostro es terso. Hay un muñeco de peluche en la cama, junto a ella: un pequeño mono de pelaje marrón. Quiere abrazarlo, pero no lo hace. No se mueve.

Sus pasos son silenciosos, pero ella sabe que él está allí. Huele su loción.

Se sienta en la silla junto a la cama. Callado. Ella siente su oscuridad allí. Espera. Respira. Su corazón aletea agitado contra las paredes de su pecho. Yace en las sombras y piensa en cielos azules y caballos dorados y cosas felices. Espera, espera.

Él se pone en pie y se acerca a la cama. Espera ahí. Se inclina y roza el pelo de ella con los labios. Ella no se mueve.

La habitación está en silencio.

Él vuelve a sentarse en la silla.

Cuando ella despierta, él ya se ha ido.